

**Felipe Burbano / Carlos de la Torre**

# El populismo en el Ecuador

**Alfredo Pareja Diezcanseco**  
**George Blanksten**  
**Agustín Cueva**  
**Pablo Cuvi**  
**Oswaldo Hurtado**  
**Rafael Quintero**  
**Amparo Menéndez-Carrión**  
**Lautaro Ojeda**  
**Iván Fernández - Gonzalo Ortiz**  
**John D. Martz**  
**Amparo Menéndez-Carrión**  
**Jorge León**



320.58  
B891P  
EJ.2



<b>BIBLIOTECA - FLACSO - E C</b>
Fecha: _____
Compra: _____
Proveedor: _____
Canje: _____
Donación: _____

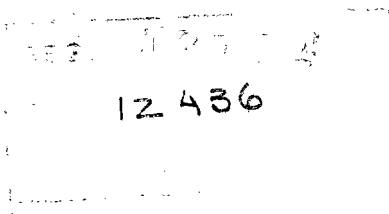
Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales,  
ILDIS,

© ILDIS, 1989

1ª Edición, Septiembre/1989

Diseño y Diagramación:  
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A  
Quito, Ecuador



Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores, y por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

## CONTENIDO

<b>Presentación</b> .....	9
<b>SECCION I</b>	
<b>Reflexiones sobre el estudio del populismo en el Ecuador</b> .....	13
I. Introducción al concepto de populismo .....	13
II. Velasquismo y populismo .....	27
III. La continua vigencia del populismo en el Ecuador .....	51
IV. Preguntas para futuras investigaciones .....	58
<b>SECCION II</b>	
<b>Antología de textos sobre populismo</b> .....	67
1. <i>Populismo o Velasquismo</i>	
Teoría y práctica del conductor conducido, Alfredo Pareja Diezcanseco .....	71
Ecuador: Constituciones y caudillos George Blanksten .....	99
El Velasquismo: ensayo de interpretación Agustín Cueva .....	113
¿Caudillismo o populismo? Pablo Cuvi .....	147
Populismo y carisma Osvaldo Hurtado .....	173
El mito del Populismo Velasquista y la consumación del pacto oligárquico	

Rafael Quintero .....	199
Hacia una interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral urbano en contextos de precariedad estructural: Propuesta para el caso de Guayaquil	
Amparo Menéndez-Carrión .....	261
Discursos políticos	
Lautaro Ojeda .....	285
<i>2. La continua vigencia del populismo en el Ecuador</i>	
Crisis económica, pobreza urbana y populismo	
Iván Fernández y Gonzalo Ortiz .....	307
La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960	
John D. Martz .....	323
Estructura y dinámica de la articulación electoral en las barriadas de Guayaquil, 1949-1978: El nivel local	
Amparo Menéndez-Carrión .....	351
Clientelismo y política en sectores urbanos	
Jorge León .....	455
<b>SECCION III</b>	
<b>Bibliografía sobre el populismo en el Ecuador</b> .....	471

**Hacia una interpretación de la naturaleza  
del comportamiento electoral urbano en  
contextos de precariedad estructural:  
propuesta para el caso de Guayaquil**

*Amparo Menéndez-Carrión\**

---

\*. Capítulo III de la primera parte del libro *La Conquista del Voto. De Velasco a Roldós*.  
FLACSO-Corporación Editora Nacional, Quito, 1986.

## Observaciones preliminares

En este capítulo introduciremos una propuesta para confrontar el tema de la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales que se sustenta en las consideraciones planteadas en los dos capítulos precedentes. La propuesta del estudio desafía la perspectiva convencional sobre los sectores marginados urbanos *qua* electores en el caso del Ecuador. De ahí que, a manera de preámbulo, se examinarán los elementos centrales de dicha perspectiva, cuya utilidad analítica es cuestionada aquí por tres razones, básicamente. Primero, por tomar las preferencias electorales de los sectores marginados urbanos como hecho dado, antes que como tema a indagar. Segundo, por atribuir, apriorísticamente, la existencia de una relación directa entre dichas preferencias y el peso electoral de los contendores “populistas” en el período en consideración en este estudio y, por último, por conferir, también *a priori*, un rol decisivo a presuntos rasgos de la cultura política de los marginados urbanos y/o a las características personales (v.g., “carisma”) de los contendores como factores determinantes del comportamiento de los actores focales en las urnas.

La perspectiva convencional ha sido desafiada anteriormente en lo que se refiere al supuesto específico de la existencia de una relación directa entre una de las manifestaciones más salientes del “populismo” en Ecuador, a saber, las recurrentes victorias de José María Velasco Ibarra en las urnas, y el apoyo de los marginados urbanos. Este desafío es planteado por Quintero (1980). Antes de introducir la propuesta en cuestión se hace referencia, asimismo, al estudio de Quintero desde la

perspectiva de su contribución a la interpretación de la naturaleza del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos. Reconociendo la importancia del estudio de Quintero, y compartiendo los criterios del autor sobre el uso inadecuado de la noción de “carisma” en la literatura para interpretar la naturaleza del poder electoral en Ecuador, se concluye, empero, que dicho estudio dice poco, en realidad, acerca de la *naturaleza* del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos del Ecuador.

En la segunda parte del capítulo se introduce un marco analítico alternativo para enfocar el tema central. A partir de la revisión del “estado de la cuestión” acerca del comportamiento electoral de los marginados urbanos en el caso del Ecuador —operacionalizados aquí como los votantes de las barriadas del suburbio o áreas suburbanas de Guayaquil— se enfatiza la utilidad de la estrategia de indagación seleccionada en este estudio, ya que no sólo el tema central sino también una serie de temas relacionados con éste, tales como la naturaleza de los movimientos y partidos políticos que logran interpelar a los actores focales con éxito en las urnas, no pueden ser confrontados adecuadamente sin antes abordar empíricamente dos cuestiones: (i) el comportamiento electoral de los actores focales (alcance de su participación, preferencias y significado de tales preferencias en términos estrictamente electorales); y (ii) la naturaleza de los nexos, enlaces y vínculos entre los actores focales y los candidatos de su preferencia, a través del tiempo. Nótese, por último, que la perspectiva alternativa que se introduce aquí, se sustenta en los factores estructurales y condiciones sistémicas que, por una parte, dan forma al perfil socioeconómico y de cultura política de los actores focales y, por otra, determinan el rol del clientelismo político como elemento preeminente en la configuración de los vínculos, nexos o enlaces concretos entre los actores focales y los contendores electorales de su preferencia. Finalmente, y dentro de este marco de referencia, se procede a formular los argumentos centrales del estudio y se hacen explícitas sus implicaciones analíticas.

# I

## Las perspectivas existentes

El comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos del Ecuador no ha sido confrontado como tema central de indagación en el pasado.<sup>1</sup> De hecho, durante las décadas de 1960 y 1970 el interés de la literatura que aborda de una u otra forma la cuestión electoral en Ecuador, busca interpretar la naturaleza del Movimiento Nacional Velasquista y de Concentración de Fuerzas Populares, considerados, respectivamente, como los dos estudios de caso más prominentes del populismo ecuatoriano del período en consideración en este estudio.<sup>2</sup> La existencia de una relación directa entre el peso electoral de los contendores populistas y el apoyo de las masas urbanas pobres de la costa, en general, y de Guayaquil, en particular, aparece en esta literatura como un supuesto de amplia aceptación. Dicho supuesto, sin embargo, no se fundamentaba en análisis riguroso alguno de la realidad empírica. A pesar de ello, los analistas del tema continuaron atribuyendo a los marginados urbanos un rol “decisivo” como bases de apoyo electoral del cinco veces presidente José María Velasco Ibarra, o para dar cuenta del peso electoral de Concentración de Fuerzas Populares (CFP), particularmente en la costa.<sup>3</sup>

- 
1. Hasta la fecha de producción de este capítulo (1984) no aparecían estudios de los marginados urbanos de Ecuador y su comportamiento electoral, específicamente. En mi revisión bibliográfica no pude detectar sino dos breves monografías de curso, ambas interesadas en correlacionar el comportamiento electoral en Guayaquil con los rasgos socio-económicos de la población a nivel distrital para la elección de 1978, en base a datos preliminares de esa elección. En ambos casos, la utilidad de las monografías fue menor para efectos de estudio. Me refiero a Aguirre (1979) y a Universidad de Guayaquil (1979) –autor no citado–.
  2. El carácter de “populista” es atribuido en la literatura también a otros movimientos o partidos políticos del Ecuador de importancia relativamente secundaria. Véase, por ejemplo, la caracterización del Partido Nacionalista Revolucionario en Hurtado (1980).
  3. Velasco Ibarra fue electo presidente del Ecuador en cuatro ocasiones y gobernó cinco veces, ya que fue instalado en el poder en 1944 por el movimiento revolucionario que depuso al presidente liberal Carlos Arroyo del Río (véase capítulo 7, y fuentes citadas allí). Algunas fuentes sostienen que el fraude electoral impidió a Velasco Ibarra las elecciones presidenciales de 1940 (véase Hurtado, 1980, al respecto). Velasco Ibarra ocupó la presidencia en los períodos 1934-35, 1944-47, 1952-1956 (el



En 1980 aparece *El Mito del Populismo en Ecuador*, seminal aporte de Quintero que cuestiona frontalmente la perspectiva convencional y los enfoques previos para analizar el fenómeno del “populismo” y su significado en el contexto político ecuatoriano. En ese estudio se analiza pormenorizadamente el primer triunfo electoral de Velasco Ibarra (1933), a partir de lo cual se busca entender las causas, contenidos y coaliciones subyacentes a los llamados movimientos populistas. El foco de atención y las preocupaciones teóricas de Quintero en ese estudio difieren considerablemente de las planteadas aquí.<sup>4</sup> En todo caso, el estudio de Quintero interesa a la presente indagación en la medida en que los resultados de su investigación proveen una base empírica sólida que permite cuestionar la validez de algunos de los fundamentos básicos de la perspectiva convencional acerca de la naturaleza del comportamiento electoral de los marginados urbanos, sus preferencias y la relación directa atribuida a los recurrentes éxitos de Velasco Ibarra en las urnas y el apoyo de los primeros. Si bien el aporte de Quintero apareció, por primera vez, hace cinco años, la perspectiva convencional continúa informando a los analistas y observadores de la política ecuatoriana.<sup>5</sup> A continuación, se describe y analizan los planteamientos básicos de ambas perspectivas.

---

único período en que pudo culminar su mandato), 1960-61 y 1968-1972. Es decir, ocupó la presidencia sólo once de los veinte años que hubieran correspondido al mandato constitucional.

4. Mientras que Quintero busca detectar las fuerzas que promovieron a Velasco Ibarra en la elección de 1933 y su significado, yo parto aquí de una preocupación por detectar patrones de comportamiento de una fracción del electorado urbano a través del tiempo, independientemente de los contendores que éstos hayan apoyado en las urnas. Los puntos de convergencia entre las preocupaciones analíticas de Quintero, los de la perspectiva convencional acerca del populismo ecuatoriano y los del presente estudio se hacen explícitos en páginas subsiguientes.
5. Como es evidente por las caracterizaciones sobre el fenómeno del populismo en Ecuador de Martz (1980), Faletto (1983), y Borja (1983), entre otros, así también como por la reciente aparición de la tercera edición (1981) del estudio de Cueva (1973) donde no se introduce modificación alguna con respecto a ediciones anteriores a fin de confrontar el serio desafío de Quintero a los planteamientos del autor. Nótese que si bien el ensayo de Faletto data de abril de 1980, y el libro de Quintero apareció a fines de ese año, la línea de argumentación de Quintero ya era conocida entre los analistas de la sociedad y política ecuatorianas antes de la publicación del libro en cuestión, ya que los argumentos centrales de Quintero habían sido introducidos anteriormente en la tesis de Ph.D. de éste último (1978). El caso más notorio de omisión intelectual, sin embargo, es el de Martz (1980), quien en su artículo sobre CFP menciona el trabajo de Quintero, pero luego desarrolla su argumentación sobre la

## La perspectiva convencional

Las razones por las cuales la validez de la perspectiva convencional es cuestionada en este estudio, se enunciaron al comienzo del capítulo. Vale al pena enfatizar algunos puntos. Consideramos que la perspectiva en cuestión es inadecuada. ¿Por qué? Primero, porque se sustenta en consideraciones impresionistas (ya superadas por el avance de la reflexión en sociología política) que no parten de la observación sistemática de la realidad y que no habiendo sido sometidas a prueba se plantean como verdades “auto-evidentes” antes que como “nociones”, “ideas”, o hipótesis más o menos informadas dignas de indagación posterior. En segundo lugar, la perspectiva convencional se basa en una concepción un tanto “parroquial” de los fenómenos políticos, en la medida en que enfoca al proceso político como si este fuese contingente en los atributos personales de los actores —contendores políticos y masas de apoyo (tal cual estas eran concebidas en la literatura comparativa de la década del setenta)—, una perspectiva que no toma en cuenta la naturaleza del sistema en que los fenómenos políticos que se intentan describir y explicar se inscriben. En tercer lugar, en la perspectiva convencional se confunden, en la mayoría de los casos, consideraciones de tipo “moral” con criterios analíticos, una estrategia de indagación difícilmente conducente a una comprensión parsimoniosa de estructuras, actores y procesos políticos.

Pasemos revista a los cuatro supuestos básicos en los cuales de manera explícita o implícita, se sustenta la perspectiva convencional.

*Primer Supuesto.* Los marginados urbanos constituyen la base de apoyo “decisiva” de los contendores electorales “populistas”.

Como Quintero (Ibid.) anota, la noción —introducida primero por Cueva (1973)— de que el éxito recurrente de Velasco Ibarra en las urnas se debía a los votos de los barrios suburbanos de las ciudades, siendo Guayaquil “la plaza fuerte” del Velasquismo, se convierte, a partir de su

---

naturaleza populista de CFP sin tomar en cuenta, en ningún momento, los desafíos teóricos de su ex-alumno de cátedra universitaria a la perspectiva convencional, y sus planteamientos acerca de los problemas conceptuales en torno a la noción del populismo en general y la aplicabilidad a la política ecuatoriana en particular. Curiosamente, Martz advierte en ese artículo que “se ha vuelto frecuente notar la confusión conceptual con respecto al populismo”, mas no hace referencia alguna a los planteamientos de Quintero sobre la noción en cuestión.

enunciación, en “hecho dado” para los analistas locales y extranjeros de la política ecuatoriana.<sup>6</sup> La perspectiva convencional también vincula el rol preeminente de los votantes marginados urbanos a CFP. Así, por ejemplo, comentando acerca de la ausencia de una política laboral en la doctrina cefepista Hurtado (1980) observa que esto se debe probablemente a que el cefepismo, “al igual que el velasquismo” carece del apoyo de una organización laboral propia porque su “clientela electoral” se compone principalmente de “grupos sociales rurales y urbanos marginalizados” (Ibid: 205). Otros autores definen al CFP de la década de 1950 como un “partido populista de reciente formación, basado primordialmente en la clase baja de Guayaquil” (Fitch, 1970: 40). Más recientemente Martz (1980: 310) afirma que los habitantes “económicamente marginales” del tugurio y suburbio de Guayaquil son las fuentes predominantes de apoyo al CFP. Sin embargo no hay indicación alguna en el artículo de este autor de que tal afirmación se base en el resultado de su propia investigación sobre el comportamiento electoral de los votantes del suburbio y tugurio; o que se fundamente en los hallazgos de los estudios que cita como sus fuentes secundarias.

*Segundo Supuesto:* La “ignorancia política” de los marginados urbanos los hace susceptibles al liderazgo carismático y los lleva a apoyar a candidatos populistas en las urnas.

A fines de la década del setenta, Cuvi (1977) advertía acerca de la carencia de indagaciones sistemáticas sobre la ideología de los sectores populares en su relación específica con movimientos personalistas, explícitamente “caudillistas” en Ecuador. Esto no ha sido óbice para que la literatura convencional plantee una serie de argumentos acerca de las causas de las presuntas preferencias de los marginados urbanos por los “caudillos populistas”. Estos argumentos son rara vez planteados como nociones tentativas. Tampoco han sido integrados en marcos analíticos más o menos sistemáticos. Sin embargo, son tratados en la literatura convencional como verdades evidentes.

---

6. El excelente planteamiento crítico de Quintero (1980) acerca de la perspectiva convencional sobre el fenómeno del Velasquismo, no será reiterada aquí. Para un análisis exhaustivo de las nociones de Cueva, así como también de los trabajos de otros autores que se inscriben en dicha perspectiva, incluyendo Hurtado (1977), Del Campo (1977), Ojeda (1971), Morán Murillo (1966), entre otros, véase Quintero (Ibid: 26-42 y 302-329, esp.).

La perspectiva convencional hace explícito su claro escepticismo acerca de la capacidad de las masas para decidir adecuadamente por quién votar. En la perspectiva convencional, los marginados urbanos “no están preparados políticamente”, son “ingenuos”, “ignorantes” o “emocionales” y, por lo tanto, altamente susceptibles al “acarreo” electoral por el caudillo populista y carismático.<sup>7</sup>

Replicando los planteamientos más tempranos de Germani (1964-1966) acerca de los marginados urbanos, la perspectiva convencional interpreta el apoyo de estos sectores a los contendores populistas en términos de la presunta “inexperiencia política” de los primeros, de su “mentalidad tradicional”, de su “incorporación prematura” a la política, y/o a su falta de conciencia de clase, factores cuya combinación arroja formas “atrasadas”, y no “autónomas” de comportamiento político.<sup>8</sup> De ahí que la imagen según la cual “proviniedo mayormente (del ámbito rural), donde las instituciones y funciones tienden a estar representadas en las personas concretas que las ejercen”, los marginados “naturalmente” se agrupan en torno al “caudillo con carisma” —una perspectiva expresada en la literatura ecuatoriana hace ya más de una década por Cueva (1973)— continúa siendo ampliamente difundida y aceptada. Martz, entre otros autores, reiteraba no hace mucho tiempo (1980) el argumento “culturalista” en términos similares. Para este autor, la descripción de Sharpless sobre el caso de Gaitán en Colombia “contiene ecos resonantes de la política ecuatoriana”, en el sentido de que “estas masas...desplazadas de su vieja cultura sin haber sido absorbidas completamente por la nueva cultura urbano-industrial”, carecen de “sofisticación política” y son por lo tanto susceptibles al liderazgo carismático. No parece haber duda alguna en este autor de que el “sub-

---

7. Quintero provee una interesante crítica acerca de la noción de carisma, representada en la literatura ecuatoriana por lo que este autor denomina “la teoría del balcón” —según la cual el poder de Velasco Ibarra en las urnas se basa, fundamentalmente en sus atributos personales y discurso. Nótese que “el balcón” alude a la famosa frase de Velasco: “dadme un balcón en cada pueblo y conquistaré al Ecuador”. La perspectiva del autor sobre la utilidad conceptual de la noción de carisma, aparece en Quintero (1978 y 1980). Véase también el capítulo 10 del presente estudio.

8. El sentido de estas nociones y el papel que jugaron en la conceptualización de los sectores marginados urbanos en la década del sesenta, fueron planteados en el capítulo 1. Para un análisis útil, que enfoca específicamente la perspectiva de la literatura sobre populismo, véase Laclau (1977).

proletariado” que “emergió y creció rápidamente en los cincuenta y sesenta como un sub-producto de la migración rural-urbana”, son sectores cuyas “frustraciones socioeconómicas y políticas reflejaban la cultura católica ruralizada, prevaleciente en los suburbios de reciente asentamiento”, y de que “su misma naturaleza” los ha hecho susceptibles a la movilización electoral “espontánea” por parte de los movimientos populistas (véase Martz, *Ibid*: 293, 296).

Otras veces, si bien se enfatizan otros factores además de la presunta cultura política de los marginados urbanos, se concluye igualmente, que estos sectores no son capaces de ejercer la facultad de elegir en las urnas adecuadamente. Según Hurtado, adoptando la argumentación de Cueva, y según Correa, que adopta la argumentación de Hurtado, el apoyo de los marginados urbanos al populismo está asociado con la falta de “desarrollo político” de los primeros, que les impide visualizar y, por ende, desafiar, el sistema de dominación.<sup>9</sup> *De ahí* su “disponibilidad” para cualquier movimiento político o líder que les ofrezca “satisfacer sus necesidades más básicas” (Correa, 1979: 19). De manera similar, otros autores sostienen que, careciendo de información adecuada sobre los programas políticos y las doctrinas partidarias para poder actuar en política más “en base a la razón que a la emoción”, la participación electoral de las masas ha sido “indudablemente influida mayormente por (su) concepción acerca de la naturaleza buena o mala de los candidatos, su simpatía, personalidad, juventud, o por incidentes específicos o accidentes publicitarios...” (Moncada, 1982: 65-66).<sup>10</sup> Otros autores –como Ortiz Villacís (1977), por ejemplo– también enfatizan la naturaleza “emocional” de los vínculos del “subproletariado” al primer “jefe máximo” de CFP, Carlos Guevara Moreno. La “lógica” de este

---

9. Véase la caracterización del “subproletariado” en Hurtado (1980: 208-209). Véase asimismo, Correa (1979: 19).

10. El hecho de que aquí citemos a Moncada (1982) no significa que tomemos a este autor como *representante* de la perspectiva convencional. El libro del cual se extrae la referencia versa sobre temas que no son el proceso político ecuatoriano específicamente, sino que abarca temáticas más generales. Hacemos referencia a Moncada como ejemplo de la difusión y amplia aceptación de la perspectiva convencional, que permea el trabajo de muchos autores cuyas obras se centran en otras temáticas, pero que se inscriben en la perspectiva convencional al hacer referencia a temáticas tratadas por otros autores que sí representan dicha perspectiva. Este es el caso de Fitch (1977), entre otros.

tipo de argumentación parece ser clara para quienes la sostienen, y la naturaleza “errática” del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos, “auto-evidente”.

Cabe anotar, además, que en la perspectiva convencional, al tipo de cultura política atribuida a los sectores marginados urbanos corresponde —a nivel de liderazgo— un tipo de personalidad y discurso específicos. Dentro de este marco, el éxito de los contendores populistas entre las masas urbanas radicaría en su habilidad “de hablarles en su propio lenguaje, tratando de apelar a sus sentimientos sin caer en abstracciones de ningún tipo y empleando solo ideas simples, fácilmente inteligibles, frecuentemente reducidas a slogans de amplio consumo” (Hurtado, 1980: 208-209). Esta visión del “liderazgo” político refuerza la concepción de las masas como “subdesarrolladas” políticamente.<sup>11</sup>

Adoptando este tipo de perspectiva se torna “fácil” entender por qué Velasco Ibarra fue capaz de lograr el presunto “milagro del balcón”<sup>12</sup> en varias ocasiones. Según Drekonja (1978: 297), por ejemplo, Velasco Ibarra triunfa en las urnas o, puesto de otra forma, la gente vota por él, “gracias a una retórica pseudo-revolucionaria, anti-oligárquica y anti-imperialista dirigida hacia la pequeña burguesía y las masas marginales —conocidas como ‘chusma’— que drogaba a su audiencia como si fuese opio”. Similarmente, y según Martz (1980: 310), el “carisma” de Carlos Guevara Moreno es determinante, ya que el “Capitán del Pueblo” supuestamente “suministraba el fervor mesiánico” necesario para articular y personificar “las protestas de los desposeídos en contra de los males de una sociedad profundamente conservadora y tradicional”. Según este tipo de visión, es esto lo que, aunado a ciertas condiciones económicas, le permitía conquistar “legiones de seguidores”.

Una prominente figura política del Ecuador, claramente influenciada en su concepción por Cueva —así también como por la lectura de Hurtado sobre las nociones de Cueva al respecto— afirmaba, no hace mucho tiempo, que las “masas urbanas”, que sufren de “desencanto social” son “muy sensibles” bajo tales condiciones a la “prédica redentorista” y caen fácilmente en la “trampa demagógica del populismo” ya que,

---

11. Véase Correa (1979), entre otros.

12. Esta expresión es de Drekonja (1978), refiriéndose a la habilidad de Velasco para conquistar el apoyo de las masas en base a su poder discursivo.

“hacinadas en las grandes ciudades”, toman conciencia de las causas de su problema y esperan “soluciones mágicas” por parte del “caudillo populista”, una suerte de “hechicero del siglo XX” que promete solucionar sus problemas de un día para otro (Borja, 1983: 128).<sup>13</sup>

*Tercer Supuesto.* Una vez en el poder, los contendores populistas – personificados en Ecuador por José María Velasco Ibarra –, no son capaces de responder a las expectativas de los marginados urbanos.

Cabe advertir en primer lugar, que no se trata en este caso de determinar la validez empírica de este supuesto, *que se menciona aquí únicamente por la implicación que conlleva sobre la naturaleza del comportamiento electoral de los marginados urbanos*. Lo que este supuesto, acerca de la capacidad de conducción del populismo en el gobierno en la perspectiva convencional, conlleva, es una “corroboración” implícita *de la incapacidad de los marginados para decidir en las urnas*. En otras palabras, los marginados urbanos, debido a su “ignorancia”, falta de “desarrollo político” o “emocionalismo” votan por el caudillo populista con carisma, capaz de seducirlos políticamente, precisamente debido a los presuntos rasgos de las actitudes y cultura política de su base de apoyo; una vez en el poder, el caudillo populista es incapaz de responder a sus demandas y expectativas; pero los marginados presumiblemente siguen votando por él; ¿por qué?: porque el carisma del caudillo actúa sobre la “ingenuidad política” de la masa marginada, lo cual le permite continuar captando su apoyo electoral a pesar de su incapacidad de responder a las expectativas de esta masa una vez en el poder. Nuevamente, la “lógica” de estas nociones es, aparentemente, evidente para quienes las sustentan – como lo sugiere el hecho de que no haya sido cuestionada virtualmente en dos décadas de reflexión acerca del mismo fenómeno, y a pesar de la obvia circularidad de la argumentación en cuestión.

*Cuarto Supuesto.* El populismo es inherentemente “malo”, lo cual “corrobora” la incapacidad de los marginados urbanos – sus presuntas principales bases de apoyo – para elegir en las urnas.

Tampoco se trata en este caso de pronunciarse acerca de la validez o no de esta “visión” acerca de los gobiernos populistas. Se menciona

---

13. Me refiero a Rodrigo Borja, candidato del partido Izquierda Democrática a la presidencia en dos ocasiones (1978 y 1984), en un artículo que contribuyera a *Nueva Sociedad*.

aquí porque el supuesto en cuestión refuerza la imagen de los marginados urbanos, como carentes de capacidad para la toma de decisiones “responsables” en las urnas, incapacidad de la cual la perspectiva convencional da cuenta de manera simplista en base a la presunta falta de desarrollo político de los sectores marginados. Se menciona, además, porque revela la combinación cruda de criterios de análisis y consideraciones moralistas que atraviesa a la perspectiva convencional.

Drekonja (1978) ve al populismo ecuatoriano como una “tentación”. Según Ortiz Villacís (1977) el populismo es “contra-revolucionario” y, como tal, “peligroso”. Por su parte Moncayo (1979) lo percibe como “fantasma amenazante”. Este mismo autor observa, además, que el apoyo al populismo es una forma “desarraigada” de comportamiento que el electorado ecuatoriano “debe superar” –como si “superarla” fuese contingente en la *voluntad del electorado* antes que en la naturaleza y estructura de un sistema social y político sobre el cual los electores, en general, no ejercen control alguno. Varas y Bustamante (1978), a su vez, hacen referencia al carácter “disolvente” del velasquismo. Este tipo de nociones, *tal cual están planteadas*, no pueden contribuir a la comprensión sistemática del populismo, el fenómeno que interesa a estos autores, ni de la naturaleza del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos, el fenómeno que interesa al presente estudio.

### **El clientelismo político: una perspectiva analítica virtualmente ignorada**

La interpretación que la perspectiva convencional ofrece acerca de la naturaleza de las relaciones entre contendores y base de apoyo en el contexto del populismo, hace aparentemente innecesaria la confrontación del tema de los mecanismos de articulación electoral. De ahí que la literatura en cuestión solo insinúe, *en passant*, la naturaleza y dinámica del proceso de movilización electoral o mecanismos tales como las redes clientelares o las “maquinarias” políticas.

Hurtado (1980), por ejemplo, afirma que los velasquistas en general constituían una “clientela personal del caudillo” y alude a la existencia de una dirigencia velasquista cuya función específica era la de reclutar nuevos adherentes. Sin embargo, el punto no es elaborado más allá



de esto. En su estudio no se provee definición conceptual alguna de la noción del autor acerca del aludido clientelismo. Las reflexiones de Hurtado acerca de las clientelas personales en cuestión, son precedidas por un comentario acerca de las implicaciones de la incorporación de las masas a la política, en el sentido de que estas se transforman en actores políticos solo “a manera del coro de las tragedias griegas”, cuando el caudillo los escucha, o sus intermediarios los visitan, o cuando concurren a mítines públicos, o son recibidos en audiencias especiales, o cuando ven que sus necesidades son reconocidas y se denuncia la explotación que sufren, o cuando asisten al triunfo de sus candidatos en el momento electoral (Ibid: 207). Estos son, los que el autor define, como “los nuevos instrumentos de reclutamiento y proselitismo político” a través de los cuales el “caudillo populista” conforma su clientela electoral y accede al poder. El autor no provee planteamiento analítico alguno más allá de esto. Abunda en afirmaciones, mientras que la explicitación del carácter meramente preliminar de tales reflexiones está ausente.

Queda claro, en todo caso, que el “subproletariado” es concebido como la “clientela natural” de los contendores populistas y, por implicación, que las relaciones de índole clientelar se intuyen como conectadas, *de alguna manera* con la naturaleza de los vínculos entre contendores y bases de apoyo. Moncayo (1979), por ejemplo, afirma que el populismo es un “mecanismo de movilización”. El autor no procede entonces a definir las características del populismo *qua* mecanismo de movilización, sin embargo, cómo opera, por qué y en qué radica la diferencia entre Velasquismo y Cefepismo a este respecto, a pesar de que alega la existencia de tal diferencia, relacionada a que el uno y el otro responderían a “condiciones económicas, políticas y sociales diversas” (Ibid: 203). Por su parte, Varas y Bustamante (1978), refiriéndose al suburbio de la década de 1940, hacen referencia a la existencia de “agentes” de las élites costeñas que por una serie de razones –que no se hacen explícitas– tienen “contacto” con las áreas suburbanas y que habrían constituido “grupos” que hicieron posible la vinculación entre sectores del capital exportador y el velasquismo, “construyendo verdaderas máquinas electorales dedicadas a la administración y reclutamiento de la masa de votos del pueblo guayaquileño para el caudillo” (Ibid: 92). Los autores aluden, además, a la existencia de “caciques velasquistas” –algunos de

los cuales son nombrados en su estudio— y luego se refieren a CFP, bajo la conducción de Carlos Guevara Moreno y de Assad Bucaram, posteriormente, como el partido que “rompe con las maquinarias caudillistas del velasquismo” y captura la clientela de Velasco. Sin embargo el estudio no provee sustentación empírica alguna de tales afirmaciones. Por otra parte, Varas y Bustamante no hacen explícita su definición de las nociones “clientelismo” y “maquinaria política” en ningún momento. Otro autor (Fitch, 1977), adoptando la perspectiva de Cueva, afirma el carácter “mesiánico y clientelista” del populismo ecuatoriano, a pesar de la potencial contradicción que tal afirmación contiene, aparte de su carencia de sustentación empírica. Y para Martz (1980) el estilo de liderazgo de CFP es “personalista, mesiánico y autoritario”. Nuevamente, no se provee evidencia alguna para fundamentar la afirmación en cuestión. Es oportuno recordar aquí lo señalado por Drekonja (1978) a efectos de que, precisamente, debido a la “brillante” retórica de Velasco Ibarra, la literatura no ha prestado atención a sus mecanismos de movilización durante las campañas electorales, “a las uniones vecinales, a los clubes deportivos, a las fiestas y otros esfuerzos” (Ibid: 298). En conclusión, la revisión de la literatura sobre el tema del populismo y sus bases de apoyo electoral en el caso de Ecuador, demuestra que los mecanismos de articulación electoral han sido tratados superficialmente, en el mejor de los casos. Curiosamente, la percepción del Velasquismo como “movimiento eminentemente electoral” no condujo a la mayoría de autores que han buscado interpretar el fenómeno, a indagar sistemáticamente acerca de la naturaleza misma del reclutamiento del voto de las presuntamente “decisivas” bases de apoyo urbanas de Velasco Ibarra, u otros contendores populistas. Esto no ha impedido, sin embargo, que nociones analíticamente claves como el clientelismo y las máquinas políticas —que han sido abordadas a nivel teórico en la literatura de antropología y sociología políticas desde la década de 1950, por lo menos— sean utilizadas profusa y ligeramente en la perspectiva convencional, como si se tratase de conceptos cuyo contenido se torna evidente por su mera enunciación.

### **La perspectiva de Quintero**

Partiendo de la preocupación de su autor por de-mitificar el fenómeno del Velasquismo, *El Mito del Populismo* cuestiona la (ampliamente

aceptada) noción del surgimiento del populismo urbano en Ecuador en los años treinta bajo el liderazgo de Velasco Ibarra. Quintero demuestra que “las condiciones estructurales no eran conducentes a la emergencia del populismo urbano” en aquel tiempo, y que “las bases históricas de la supremacía política de la clase terrateniente era aún lo suficientemente firme como para dominar el Velasquismo” (Drake, 1982: 194). Como Drake (Ibid) observa, a partir de un escrutinio profundo de los archivos históricos Quintero “demuele la perspectiva convencional sobre el fenómeno del Velasquismo”, procediendo, al mismo tiempo, a cuestionar la utilidad misma de la noción del populismo como marco de interpretación. *El Mito del Populismo* es una obra rica en indagación empírica y perspectivas analíticas y constituye un aporte fundamental a la comprensión de una serie de temas tales como la historia económica del Ecuador hasta la década de 1930 y sus implicaciones políticas. Nótese, en todo caso, que solo aquellos aspectos de la obra directamente relacionados con el tema del comportamiento electoral de los marginados urbanos serán abordados aquí.<sup>14</sup>

Partamos señalando las conclusiones de Quintero acerca de las características de la votación velasquista —en términos estrictamente electorales— en la contienda presidencial de 1933. En base a su análisis de los resultados electorales relevantes, Quintero afirma que en la elección de 1933 Velasco Ibarra no es elegido por los marginados urbanos (“subproletariado”) porque la estructura de su votación fue (a) más rural que urbana; (b) más serrana que costeña (c) relativamente débil en su presunta “plaza fuerte” (v. g., Guayaquil); y, además, (d) en 1933 el electorado ecuatoriano era tan reducido que es muy probable que el “subproletariado” ni siquiera haya votado en esa ocasión (Raby, 1982).<sup>15</sup> Ahora bien, el argumento que avanzaremos aquí es que las afirmaciones de Quintero acerca del comportamiento electoral de los marginados urbanos en general, y de Guayaquil en particular, son un tanto ambiciosas, no reflejan necesariamente sus preferencias electorales reales en 1933, y no pueden ser tomadas como indicativas de la naturaleza de sus preferencias en décadas subsiguientes, como la línea de argumentación del autor sugiere.

---

14. Dos interesantes comentarios al estudio de Quintero (1980) son Drake (1982) y Raby (1982).

15. Véase Raby (1982) en Suplemento Cultural del *Comercio* de Quito, febrero 12, 1983: 4.

En este aspecto, el problema básico del análisis de Quintero, en lo que se refiere a Guayaquil específicamente, es que su base de datos no provee justificación suficiente para detectar el alcance de la participación o la naturaleza de las preferencias electorales de los distintos segmentos del espectro socioeconómico de la ciudad. Por lo tanto, el razonamiento de Quintero con respecto a la ausencia de un vínculo determinado entre los marginados urbanos *qua* votantes y Velasco Ibarra en 1933, si bien es sugerente, no es en modo alguno concluyente.

Que en 1933 los marginados urbanos no podían constituirse en electores “decisivos” para Velasco, ni para ningún otro contendor político, es indudable; como tampoco podían ser “decisivas” las ciudades principales, ni el universo urbano en su conjunto, en una sociedad donde el peso demográfico era predominantemente rural. Asimismo, “tiene sentido” argumentar, como lo hace Quintero, que dada la naturaleza discriminatoria del sistema electoral de entonces, es improbable que los marginados fuesen un elemento significativo del espectro de votantes guayaquileños en 1933. Sin embargo, estos dos argumentos –por demás atractivos– no guardan relación con tres requisitos básicos para fundamentar la perspectiva de Quintero, a saber, (i) si los marginados de Guayaquil realmente votaron, (ii) el alcance de su participación electoral, y (iii) la naturaleza de sus preferencias en la contienda en cuestión. En otras palabras, que los marginados de Guayaquil votaran o no por Velasco Ibarra en 1933, es una conclusión que no puede inferirse de la demostración –aun concluyente– de que los marginados urbanos no fueron “decisivos” al triunfo de Velasco Ibarra en 1933 o de la naturaleza discriminatoria del sistema electoral en ese tiempo.

La sustentación de los argumentos de Quintero con respecto a Guayaquil, específicamente, requeriría una serie de datos sobre la naturaleza del perfil socioeconómico de los distritos urbanos/electorales de la ciudad, de los cuales el estudio carece. De hecho, los datos de Quintero sobre la composición socioeconómica de tales distritos son un tanto imprecisos. No basta afirmar que en aquel tiempos los “distritos centrales” de Guayaquil eran “menos pobres” o “más clase media”, y que los distritos de Ayacucho y Ximena concentraban a los sectores marginados urbanos en la elección de 1933 –o en cualquier otra elección– a partir de información distrital, es necesario examinar el grado

de homogeneidad socioeconómica del universo distrital. Asimismo, a fin de determinar la validez del argumento de que los votos de Velasco Ibarra en Guayaquil no provenían de los “barrios suburbanos”, el peso de tales barrios en la configuración ecológica de la ciudad como polos de concentración de los marginados debió ser establecido.

Si en efecto existían barrios suburbanos en el Guayaquil de 1933, su peso electoral difícilmente podía ser preeminente, ya que aún no concentraban una fracción significativa de la población marginada de la ciudad en ese entonces, como sucedería en décadas posteriores. Es muy probable que ese segmento del electorado de Guayaquil residía en otras partes, disperso entre los varios distritos de la ciudad. Si nuestro análisis de la estructura ocupacional de la población de Guayaquil en base a los datos del Censo Municipal de 1919 es indicativo, los cinco distritos urbanos de aquel entonces (Ayacucho, Bolívar, Carbo, Olmedo y Rocafuerte) eran considerablemente heterogéneos socioeconómicamente. En cifras, 2.8 por ciento de los trabajadores residentes en el distrito de Ayacucho pertenecía al estrato alto, 23 por ciento al estrato medio, 40.4 por ciento al estrato medio-bajo y el 34 por ciento al estrato bajo. En el caso de Bolívar, los porcentajes correspondientes son 2.6, 30.8, 32.12 y 36 por ciento respectivamente. En el distrito de Carbo, el 3 por ciento se ubica en el estrato alto, 25 por ciento en el medio, 39.6 por ciento en el medio-bajo, y 33 por ciento en el estrato bajo. De acuerdo a estas estimaciones los patrones de distribución socioeconómica intradistrital –utilizando categorías ocupacionales como *proxy* para una clasificación cuya crudeza admitimos– eran similares, asimismo, en los casos de Rocafuerte y Olmedo. En ambos distritos, 36 por ciento de los trabajadores se ubicaban en el estrato bajo, 33 y 36 por ciento en el medio bajo, 29 y 24 por ciento en el medio, y 1.2 y 1.9 por ciento en el estrato alto, respectivamente.<sup>16</sup>

Los votos de los marginados de Guayaquil difícilmente podían originarse en “barrios suburbanos” aún incipientes en aquel tiempo como modalidad de inserción ecológica de la población de la ciudad. Aun

---

16. Los datos empleados para elaborar esta nota analítica preliminar están disponibles a todo académico acreditado que tenga interés en revisar los datos censales municipales de Guayaquil (1919) para propósitos de investigación. Adviértase que los porcentajes no suman 100.

cuando hubieren sido una modalidad más o menos generalizada de inserción ecológica de la población marginada de Guayaquil, son virtualmente imposibles de “aislar” para efectos analíticos, dada la considerable heterogeneidad socioeconómica intra-distrital de la ciudad en ese entonces. En todo caso, que en la elección de 1933 los votos de Velasco Ibarra en Guayaquil no provengan de los “barrios suburbanos” no significa *necesariamente* que los marginados de la ciudad, por más minoritarios que fueren como electorado, no votaran por Velasco Ibarra en esa ocasión. Significa, más bien, que su comportamiento electoral es más difícil de rastrear, y nada más. Sin embargo los datos con los que Quintero trabaja en este aspecto no bastan para rastrearlo.

## II

### **Una nueva perspectiva y una propuesta**

La preocupación analítica del presente estudio no es la cuestión del populismo ecuatoriano, del velasquismo, del cefepismo, o de los orígenes históricos de la participación electoral de las masas urbanas en Ecuador. No obstante, y en la medida en que uno de los nudos gordianos del debate existente sobre la naturaleza y significado de las preferencias electorales de los marginados urbanos; el resultado de la presente indagación sobre el comportamiento electoral de los votantes suburbanos de Guayaquil en las contiendas presidenciales del período 1952-1978 —en el que Velasco Ibarra participó en tres ocasiones y CFP presentó dos candidaturas y apoyó otras en tres de estas contiendas— deberá proveer una base empírica para explorar la cuestión del populismo ecuatoriano más sistemáticamente en el futuro.<sup>17</sup>

La propuesta general que enmarca la presente indagación sobre la naturaleza del comportamiento electoral de los sectores marginados urbanos —operacionalizados como los votantes de los barrios suburba-

---

17. Velasco Ibarra participó (y triunfó) en las contiendas de 1952, 1960 y 1968. Guevara Moreno participó en la contienda presidencial de 1956. Jaime Roldós Aguilera (1978-1981) fue el candidato de CFP en 1978 y 1979 (ganador de la primera y segunda vuelta electorales). CFP participó en las contiendas presidenciales de 1952, 1960 y 1968 como miembro de las coaliciones de apoyo de tres candidatos ajenos al partido, a saber, José María Velasco Ibarra (1952), Antonio Parra Velasco (1960) y Andrés F. Córdova (1968). Véanse los capítulos 4, 7 y 8 de este estudio.

nos de Guayaquil— fue enunciada anteriormente. En los dos capítulos precedentes se avanzaron los fundamentos teóricos de la propuesta en cuestión. En los párrafos finales de esta Primera Parte del estudio, procederemos a introducir los argumentos centrales y a recapitular su fundamentación teórica, como preámbulo a la Segunda y Tercera Parte, donde se presentan los resultados de la indagación empírica en sí.

Proponemos que el comportamiento electoral de los actores focales (v. g., los moradores de los barrios suburbanos de Guayaquil), independientemente del contendor específico que apoyen en una contienda determinada, representa fundamentalmente (a) *una respuesta utilitaria a su situación concreta*,<sup>18</sup> y (b) *una manifestación de clientelismo en acción*. Esta proposición se sustenta en las siguientes premisas:

- i) Mientras que la tendencia del votante a privilegiar consideraciones de tipo ideológico o los contenidos alternativos de las plataformas programáticas de los distintos contendores requiere una suerte de “orientación de futuro”, la precariedad estructural le obliga a pasar por alto la posibilidad de beneficios de mediano y largo plazo y a tomar decisiones percibidas como relevantes a su realidad inmediata.<sup>19</sup>
- ii) En la medida en que la precariedad estructural tiende a “acortar” el horizonte prospectivo de la persona, se maximiza la eficacia electoral de incentivos materiales concretos, de corto plazo, para inducir su apoyo.
- iii) Como corolario, la búsqueda de votos en las barriadas requiere una cierta capacidad de respuesta al tipo de demandas que provienen de los moradores *qua* votantes potenciales.
- iv) En la medida en que las condiciones estructurales propias del contexto barrial no sólo permiten sino que impelen al establecimiento de relaciones clientelares, la conquista de votos en el suburbio implica, inevitablemente, el desarrollo de una capacidad de distribución de incentivos materiales de corto plazo entre clientelas potenciales.

---

18. Véase, al respecto, el excelente tratamiento de Kenworthy (1973) sobre el peronismo, en estos términos.

19. Véase al respecto Scott (1969), entre otros.

Avanzaremos dos hipótesis específicas para someter a prueba la validez de los argumentos centrales del estudio. Dada una “situación concreta” que se definiera en páginas anteriores en términos de inseguridad o precariedad estructuralmente inducida que (a) transforma los intereses personales estrechos en basamento crucial de la organización política; (b) impide que los vínculos horizontales se tornen preeminentes como formas de organización y comportamiento político; y (c) permite que la capacidad política de “respuesta” se defina en términos de pequeños beneficios o soluciones parciales e inmediatistas a las demandas (actuales o potenciales) de los actores focales.

- 1) Los moradores barriales tenderán a emitir su voto por cualquier candidato, partido o movimiento político que (i) prometa y/o haya dado manifestaciones concretas en el pasado de su “capacidad de respuesta” a sus demandas; (ii) es el único candidato, movimiento o partido que ha cultivado su apoyo en el pasado; o que, alternativamente, (iii) logra estalecer vínculos efectivos con redes clientelares de base barrial para efectos electorales.
- 2) La articulación efectiva del voto en las barriadas de Guayaquil está directamente vinculada a la capacidad del candidato, movimiento o partido político de (i) operar como máquina política; (ii) constituir un “conjunto de acción” (*action-set*); o (iii) combinar ambas estrategias en el momento electoral.

De comprobarse la utilidad analítica de esta perspectiva para interpretar el comportamiento electoral de los actores focales durante un período de tres décadas, se demostrará, a su vez, la escasa utilidad de enfoques que interpretan dicho comportamiento en términos de presuntas actitudes y rasgos de cultura política “típicos” de un segmento del electorado urbano “carente de desarrollo político”, “ingenuo”, “ignorante”, “desarraigado”, etcétera; o en términos de los atributos personales (v. g., “carisma”) de los candidatos que estos apoyan en las urnas. Al mismo tiempo, se confirmará la importancia de enfocar el comportamiento político de los actores focales como respuesta pragmática y “racional” –antes que “emocional”– a condiciones sistémicas dadas, condiciones estas que debido a la modalidad de inserción estructural de los actores focales y la ética de auto-promoción utilitaria que esta modalidad de inserción induce, ellos en general, aceptan como tales. Por úl-



timo, la comprobación de la validez de los argumentos planteados aquí subrayará la importancia del clientelismo como factor preeminente para entender la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales –independientemente de cuales fueren las otras variables intervinientes– y su vigencia temporal dado un contexto sistémico que impele tanto a los actores focales cuanto a los candidatos, movimientos y partidos que buscan su apoyo electoral a adoptar un comportamiento clientelar, de hecho posponiendo, trabando o impidiendo a cada paso la emergencia y/o consolidación de mecanismos alternativos de organización y apoyo políticos.

Las páginas subsiguientes confrontarán un doble desafío. Por una parte, deberemos dar cuenta de las preferencias electorales de los actores focales y analizar su significación y alcance en las contiendas y período en consideración en el estudio. Por otra, deberemos rastrear la modalidad de operación y contenidos de los mecanismos de articulación electoral en Guayaquil a nivel barrial en las décadas de 1950, 1960 y 1970 y establecer el papel que tales mecanismos cumplieron en el proceso de reclutamiento del voto para cada una de las cinco contiendas en consideración (v. g., elecciones presidenciales de 1952, 1956, 1960, 1968 y 1978) y a través del tiempo.

## Referencias

- Aguirre, María del Rosario. Comportamiento electoral de los sectores populares urbanos de Quito y Guayaquil en 1978, Mecanografiado, Quito, 1979.
- Borja, Rodrigo. "Democracia y Populismo" en *Nueva Sociedad*, 1983, pp. 126-130.
- Correa, Germán. Lineamientos básicos para la formulación de una estrategia de desarrollo social para el Ecuador y sus relaciones con la estrategia de desarrollo Administrativo. Departamento de Cooperación Técnica para el Desarrollo. *Naciones Unidas*, mimeo, Quito, 1979.
- Cueva, Agustín. *El Proceso de Dominación Política en Ecuador*, Ediciones Crítica, 1973 y Editorial Alberto Crespo Encalada, Quito, 1981.
- Cuvi, Pablo. *Velasco Ibarra: El Ultimo Caudillo de la Oligarquía*. Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Central. Quito, 1977.
- Del Campo, Esteban. El Populismo en Ecuador, mimeo, *FLACSO*, Quito, 1977.
- Drake, Paul. "Populism in South America", en *Latin American Research Review*, XVII-1, 1982.
- Drekonja, Gehard. et. al. *Ecuador: Hoy*, Siglo XXI, Colombia, 1978 a. ----- Ecuador: Ensayo Bibliográfico. En Drekonja et al. Ecuador Hoy, 1978 b.
- Faletto, Enzo. "Notas para el análisis del proceso político ecuatoriano 1968-1979". En *FLACSO, Elecciones en Ecuador 1978-1980*. Oveja Negra, Quito, 1980.

- Fitch, John Samuel. *The Military Coup d'Etat as a Political Process; Ecuador, 1948-1966*. Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1977.
- Hurtado, Osvaldo. *Political Power in Ecuador*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1980.
- Kenworthy, Eldon. "The little know case in theory formation on what Peronism wasn't" en *Comparative Politics*, octubre, 1973, pp. 17-45.
- Martz, John D. "The regionalist expression of Populism: Guayaquil and the CFP 1948-1960". En *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 22, n° 3 (agosto), 1980, pp. 289-314.
- Moncada, José. *Capitalismo y Subdesarrollo Ecuatoriano en el Siglo XX*, Universidad Central del Ecuador, Quito, 1982.
- Morán Morillo, Eloy. "Estudio sociológico de Velasco Ibarra". En *Revista Economía*, N° 66 (mayo, 1976).
- Ojeda, Lautaro. "Mecanismos y articulaciones del caudillismo velasquista", mimeo, JUNAPLA, Quito, 1971.
- Quintero, Rafael. *El mito del populismo en el Ecuador: Análisis de los fundamentos del Estado ecuatoriano moderno: 1895-1934*. FLACSO, Quito, 1980.
- "Los partidos políticos en el Ecuador y la clase terrateniente en las transformaciones del Estado. Ph. D. Dissertation. University of North Carolina, Chapel Hill, 1978 a.
- "Preliminares de una crítica sobre el llamado "velasquismo". En *CULTURA* N° 2 (septiembre-diciembre), Quito, 1978 b..
- Raby, David. "Hace cincuenta años fue Velasco Ibarra". En Suplemento Cultural de *El Comercio* (versión traducida del comentario de Raby al Mito del Populismo en North-South Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies, Vol. VII, N° 14, 1982.
- Scott, James. "Corruption, machine politics and political change". En *American Political Ideology in Malasya*. Yale University Press, New Haven, 1969.